

DIA II.

MARTIROLOGIO.

EL TRIUNFO DE SAN ATANASIO, en Alejandria, obispo de esta ciudad, muy celebrado por su gran santidad y doctrina; sufrió una persecucion tan general, que casi todo el mundo se conjuro contra él, mas no por esto dejó de defender denodadamente la fe católica desde el imperio de Constantino hasta el de Valente, contra los emperadores y prefectos de las provincias, y contra un sin número de obispos arrianos, quienes le persiguieron de suerte que le obligaron á andar por todo el mundo sin encontrar lugar seguro donde ocultarse con seguridad. Finalmente volvió á su Iglesia despues de muchas peleas y de muchas coronas alcanzadas con su paciencia. Murió en el Señor á los cuarenta y seis años de su consagracion, siendo emperadores Valentiniano y Valente. (*Véase su vida en las de hoy.*)

LOS SANTOS MÁRTIRES SATURNINO, NEÓPOLO, GERMANO Y CELESTINO, en Roma, los cuales despues de muchos tormentos murieron en la prision.

LOS SANTOS ESUPERIO Y ZOA su mujer, CIRIACO Y TEODOLO, sus hijos, en Roma, los cuales padecieron en tiempo del emperador Adriano.

SAN FELIX, diácono y mártir, en Sevilla de España. (*Véase su noticia en las de hoy.*)

SAN VINDEMIAL, obispo y mártir, en el mismo día, el cual juntamente con los santos obispos EUGENIO Y LONGINOS, combatiendo con su doctrina y milagros contra los arrianos, fué degollado por orden del rey Hunnerico.

SAN SEGUNDO, obispo, en Avila de España, de quien juntamente con otros se hace tambien conmemoracion el dia 15 de mayo. (*Véase su vida el dia 13 de mayo.*)

SAN ANTONINO, obispo, del orden de Predicadores, en Florencia, esclarecido en santidad y doctrina, cuya festividad se celebra el dia 10 de mayo. (*Véase su vida en dicho dia.*)

SAN ATANASIO, PATRIARCA DE ALEJANDRÍA.

SAN Atanasio, venerado en toda la Iglesia católica por una de las mas firmes columnas de la fe, por ilustre defensor de la divinidad de Jesucristo, por una de las mas brillantes lumbreras de todo el mundo cristiano; y en fin, por uno de los mayores santos de la Iglesia, nació en Alejandria de Egipto por los años de 294. Sus padres eran muy distinguidos en ella por su nobleza, pero mucho mas por su piedad; y así hicieron todo lo posible para dar al niño Atanasio una educacion correspondiente á su re-



S. ATANASIO
PATRIARCA DE ALEXANDRIA.

ligion y á su noble nacimiento. Dejose admirar desde luego de todos los que cuidaban de su crianza la viveza, la brillantez, y la extraordinaria penetracion de ingenio que manifestaba nuestro niño; conociéndose lo que habia de ser con el tiempo por los rápidos progresos que hizo en las letras humanas, en una edad en que otros niños apenas saben hablar. Cuenta Rufino, que como un dia de fiesta estuviese jugando con otros niños de su edad, y se divertiese en remedar las ceremonias de la Iglesia, bautizó á algunos que no estaban bautizados; y que noticioso el patriarca S. Alejandro de este hecho, llamó á Atanasio, y bien informado, así de su intencion, como de las palabras que habia dicho al echarles el agua, declaró que habian recibido legitima y verdaderamente el santo bautismo.

El suceso de este dia fué para el santo obispo un como presagio de las grandes cosas á que destinaba la divina Providencia á nuestro Atanasio; y tomándole á su cargo, viéndole en poco tiempo tan adelantado en las letras humanas, le aconsejó que se dedicase al estudio de las divinas, en las que seguramente se puede afirmar que pocos hicieron mas progresos en tan corto espacio de tiempo. Sus escritos en defensa de la religion son el mejor testimonio de aquella rara penetracion con que comprendia todas las ciencias; pues en ellos se acredita excelente filósofo, profundo teólogo, y bien instruido en todas las demás artes, sin mostrarse forastero ni aun en la jurisprudencia; y todo esto en una edad en que, por lo comun, lo mas á que se puede aspirar es al deseo de saber.

Pero al paso que cada dia se iba haciendo mas sabio, se hacia tambien mas santo. Llevóle al desierto la fama de S. Antonio; y en la escuela de tan insigne maestro se avanzó tan maravillosamente en menos de dos años en la ciencia de la salvacion, que sin duda se hubiera levantado la Tebaida con este tesoro, si no se hubiera valido de su autoridad el patriarca de Alejandria para obligarle á que pasase á aquella ciudad.

Dejose ver en ella con todo aquel concepto y estimacion con que en todas partes se presenta un hombre de extraordinario mérito, acompañado tambien de una virtud extraordinaria. Desde luego fué el asombro y las delicias de los católicos; y desde luego fué tambien el susto y el terror de los herejes y gentiles. A los veinte años de su edad compuso contra ellos dos admirables tratados, intitulado el segundo de *la Encarnacion del Verbo*. Hizole S. Alejandro secretario suyo; elevóle á los sagrados órdenes, y se valió de su pluma y de su ministerio para confundir á los melecianos, y á los demás herejes.

Pero el mayor enemigo de la Iglesia, contra quien singularmente estaba destinado el zelo y la pluma de Atanasio, era el impio Arrio, presbítero de Alejandria, y cura de la parroquia de Baucala, que habiendo sido depuesto y privado del curato por S. Pedro, patriarca, supo disimular tan artificiosamente la maligna travesura de su ingenio, y el veneno oculto de su emponzoñado corazon, cubriéndolo todo con cierto exterior aparato de compuncion y de penitencia, que engañado S. Achilas, sucesor de Pedro, y hombre de escesiva bondad, no solo le habia restituido á la posesion de su curato, sino que le habia conferido el órden del sacerdocio que aun no tenia al tiempo de su deposicion. Viéndose ya cura por sus artificios, aspiró á verse patriarca; y no pudiendo tolerar que le hubiesen pospuesto á S. Alejandro, se declaró cabeza de partido; y comenzando á declamar contra la divinidad de Jesucristo, fué el mayor y mas pernicioso enemigo que ha conocido la Iglesia.

Apenas descubrió la cabeza este monstruo, cuando salió Atanasio á combatirle y aniquilarle; pero como nunca faltan recursos á la herejia, aunque Arrio quedó muchas veces convencido y avergonzado, así en particular como en público, por nuestro Santo, encontró parciales aun dentro del mismo clero, y tantos, que para atajar el mal, se consideró necesario convocar el célebre concilio de Nicea. Concurrió á él Atanasio, acompañando á su obispo, y sobresalió mucho en el concilio, no menos por su sabiduría, que por el ardor de su zelo. Fué anatematizada por el sínodo la impiedad arriana, y se hizo célebre nuestro Santo por las disputas públicas que tuvo con el heresiarca, en las cuales le dejó enteramente confundido. Asombró tanto á los padres su vigilancia, su penetracion en descubrir los artificios de los herejes, su delicadeza y su solidez en desenredar sus sofismas, y su sagacidad en desconcertar todas las medidas que iba tomando el partido, que aunque á la sazón no era mas que diácono, ya le consideraban todos como el azote de los arrianos, y como una de las mas brillantes lumbreras de la Iglesia.

Concluido el concilio, se volvieron á Alejandria S. Alejandro y su diácono; pero consumido el santo patriarca al rigor de sus penitencias y trabajos, murió santamente cinco meses despues. Poco antes de espirar, como no viese por allí á Atanasio, que de estudio se habia retirado, y aun huido, porque no le hiciesen su sucesor, exclamó con espíritu de profecía: *Atanasio, tú piensas escaparte con la fuga, pero esta no te librará de la silla patriarcal*. Murió Alejandro, y fué proclamado por patriarca Atanasio con unánime aclamacion del clero y pueblo. Solo tardó

en consagrarse lo que tardó en descubrirse, porque en efecto se habia escondido tan de veras, y tan bien, que en seis meses no fué posible saber donde paraba; pero descubierto en fin, su tesson en no querer aceptar la dignidad solo sirvió para que todos se confirmasen mas y mas en lo mucho que la merecia: no dando oídos ni á sus razones ni á sus lágrimas, fué consagrado el dia 27 de diciembre del año 326; y desde luego hizo conocer á todos, que no era fácil encontrar sugeto mas digno de ocupar la segunda silla de toda la Iglesia universal.

Mirábanle ya los arrianos como al mas cruel azote de su secta; y no habiendo podido estorbar su consagracion, hicieron cuanto pudieron para que se declarase por ilegítima, tachándola de menos canónica. Llegaron las quejas y las calumnias á la corte del emperador, siendo los que mas las esforzaban Eusebio de Nicomedia, Theonis y Alaris, insignes protectores del arrianismo; pero todos sus artificios se convirtieron en vergonzosa confusion de sus mismos autores. En el mismo punto en que Atanasio fué elevado á la silla patriarcal, se cuenta que el espíritu de Dios dijo á S. Pacomio: *Yo he puesto á Atanasio por columna y por lumbrera de la Iglesia; muchas tribulaciones y calumnias tendrá que padecer en defensa de la fe y de la virtud; pero será siempre sostenido por la gracia de Jesucristo; vencerá todas las tentaciones, y anunciará á las iglesias la verdad del Evangelio.*

Ninguno cumplió mas exactamente con todas las obligaciones de obispo; porque siendo hombre consumado en ciencia y en virtud, no solo era la admiracion de los demás prelados, sino su mas perfecto modelo. No obstante ser su diócesi una de las mas dilatadas de toda la Iglesia, pocas ovejas dejaban de oír cada año la voz de su pastor, y ninguna se escapaba á su solícitud y vigilancia pastoral. Era dulce, afable, compasivo; y haciéndose todo á todos para ganarlos á todos, nunca se separaban de su zelo la caridad y la dulzura.

Ni sus trabajos apostólicos, aunque tan continuos; y de tan gran fatiga, disminuían un punto el rigor de sus penitencias. A la accion y al estudio acompañaban siempre el ayuno y la oracion. Sus rentas eran únicamente para los pobres; y siendo igual su actividad en socorrer las necesidades espirituales que las corporales, se adelantaba á prevenirlas; como era pastor y era padre, daba gran realce á su caridad el dulcísimo espíritu con que la acompañaba.

Mientras tanto, viéndose el desventurado Arrio desterrado por el emperador Constantino, despues de haber sido condenado

por el concilio de Nicea, no dejaba piedra por mover para engañar al público, y para alucinar el ánimo del menos instruido príncipe. Consiguiólo; porque presentándole una capciosa profesion de fe, que tenia apariencia de católica, logró que se le levantase el destierro; pero no pudo lograr que el patriarca le admitiese á su comunión, conociendo la mala fe con que procedía; y á pesar de las súplicas y empeños de sus parciales, nunca quiso reconciliarle con la Iglesia. Trataron éstos de delincuente contra la autoridad del emperador su constante tesson, y unidos los melecianos con los arrianos, no perdonaron á calumnia ni artificio para desacreditarle y para perderle.

Dieron principio á sus acusaciones delatándole de reo contra el estado, por haber impuesto de su propia autoridad á los egipcios una especie de tributo de ropa de lino, ó de ornamentos para la iglesia de Alejandria. Hallábanse casualmente en la corte dos presbíteros suyos, llamados Alipo y Macario, los cuales hicieron visible la falsedad de esta acusacion; pero ni por esas desistieron sus enemigos, antes levantaron contra él otras dos mucho mas feas: la primera, que habia hecho pedazos un cáliz, y destruido ó arruinado una iglesia por medio de cierto presbítero, que se llamaba Macario; y la segunda, que habia remitido una gran cantidad de dinero á cierto rebelde, por nombre Filomeno, que habia tomado las armas contra el emperador, aspirando no menos que á usurpar el imperio. Llamóle Constantino á la corte, y reconocida su inocencia, y la malignidad de los calumniadores, le volvió á enviar á su iglesia, colmándole de elogios.

No se acobarda la herejía por mas que sea confundida. Acusaron al Santo de que habia asesinado á Arsenio, obispo meleciano, por señas de que le habia cortado la mano derecha con el fin de usar de ella para sus operaciones mágicas; pero habiendo parecido Arsenio en Fenicia, donde se habia escondido, ó le habian hecho esconder, y habiendo sido presentado ante los jueces vivo y sano, con las dos manos en su lugar, quedó descubierto y confundido, pero no escarmentado, el embuste de los arrianos y de los melecianos.

Verdad es que por algun tiempo hizo su efecto la vergüenza, y dejaron en paz á nuestro Santo, que se aprovechó de este parentesis para visitar las iglesias de su obispado, que por mas distantes oían menos veces la voz de su pastor. En esta santa visita vió la primera vez el célebre monasterio de Tabena, ó de Tabernas, de que era abad S. Pacomio; quien le salió á recibir al frente de sus monges, cuyo número era de muchos millares; los que

distribuidos en veinte y cuatro clases, ó coros, le condujeron como en triunfo, cantando salmos, al monasterio.

Mientras tanto no se descuidaban los arrianos ni melecianos; y desesperando de poder alterar la fe, ó doblar el teson de san Atanasio, discurrieron nuevas trazas para desacreditarle en el concepto del emperador. Obtuvieron su permiso para convocar un concilio en Cesarea de Palestina; y considerando Atanasio que este conciliábulo se componia únicamente de sus enemigos, se negó á concurrir á él. Eusebio de Nicomedia, jefe de la conspiracion de los arrianos, y los demás prelados desafectos á nuestro Santo, supieron pintar esta resistencia al emperador con tan feos colores, que desde entonces quedó imbuido en tan fuertes y tan malignas especies contra el patriarca, que nunca fué posible despues desimpresionarle de ellas. Mandó que el año siguiente se convocase un concilio en la ciudad de Tiro, dando orden á S. Atanasio de que sin falta asistiese á él; y el Santo se vió precisado á obedecer.

Cuando entró en el concilio le ordenaron los presidentes que se estoviese en pié, como lo está un reo delante de sus jueces; lo que llenó de tan santa indignacion al santo obispo Palemon, insigne confesor de Cristo, que sin poder contenerse, dirigiendo la palabra á Eusebio de Cesarea, uno de los presidentes del conciliábulo, le dijo con zeloso ardimiento: *Acuérdate de la cobardía que mostraste en la última persecucion. ¿Pues como tienes valor ni vergüenza para estarte tú sentado mientras está en pié Atanasio, hombre de vida irreprochable?* Abrieron entonces los ojos muchos santos prelados; y conociendo que los habian engañado, siguieron á S. Pafnucio, que tomando de la mano á S. Máximo, obispo de Jerusalem, se salió de la asamblea.

No por eso desistieron los arrianos de su empresa. Formósele la causa; revivieron las antiguas calumnias; y fué de nuevo preguntado el presbítero Macario. Ya se habia dado comision para ir á hacer nuevas probanzas sobre el supuesto asesinato de Arsenio, cuando éste se presentó delante del conciliábulo vivo, sano, y sin que le faltase miembro alguno de su cuerpo. Sobornaron á una mala mujer, para que compareciendo ante los jueces, acusase al santo prelado de que la habia quitado su honra con violencia.

Movido entonces Atanasio de uno de aquellos extraordinarios rasgos de prudencia que inspira el Espíritu Santo en los mayores aprietos, entró en el concilio acompañado de uno de sus presbíteros, llamado Timoteo; y fingiendo éste que era el santo pa-

triarca, preguntó á la descarada mujer con resolucion y con despejo: *¿Dime, mujer, soy yo el que te violenté? ¿soy yo el que te quité tu honor?* A lo que ella respondió con increíble descaro, mal disimulado en fingido sentimiento: *Si, tú mismo, tú mismo eres el que me violentaste;* y afectando deshacerse en lágrimas clamaba al concilio por justicia y por venganza. Echaron con óprobio del concilio á la mujer como merecia; pero se irritaron, se enfurecieron tanto los arrianos viendo tan vergonzosamente descubierto aquel tropel de calumnias y de imposturas, que hubieran hecho pedazos á Atanasio á no haberse escapado de la ciudad secretamente la siguiente noche.

Pero no por eso cesaron los herejes, ni se acobardaron para no forjar cada día nuevas acusaciones. Sabiendo bien lo mucho que sentia el emperador todo lo que tocase á su nueva ciudad de Constantinopla, le aseguraron descaradamente que Atanasio prohibia la estraccion de los granos que se acostumbraban sacar de Alejandria para el abasto de la corte. Irritóse tanto el emperador, que sin querer dar oidos á la evidencia con que ofreció Atanasio hacerle ver la falsedad de aquella quimérica acusacion, le desterró á Tréveris. Obedeció, aunque era tan visible su inocencia; y despues de muchas fatigas, llegó al lugar de su destierro, cuyo obispo, que era á la sazón S. Maximino, le recibió con el mayor respeto, venerándole siempre como á invencible defensor de la fe, y confesor ilustre de la divinidad de Jesucristo. Muerto el emperador Constantino, su hijo Constantino el menor, que era emperador de Occidente, despues de dos años de destierro, le restituyó á su iglesia de Alejandria, con cartas de recomendacion muy honoríficas, en que apellidándole oráculo de la ley divina, decia que su padre Constantino le habia enviado á las Galias por algun tiempo, solo por ponerle á cubierto contra el furor de los malignos que habian conspirado á su ruina. Imperaba en el Oriente Constancio, y aunque se habia declarado fautor de la herejía arriana, no se atrevió á oponerse á esta resolucion de su hermano.

Fué recibido el santo patriarca, así del pueblo, como del clero, con aquellas extraordinarias demostraciones de gozo en que prorrumpen naturalmente los corazones cuando vuelven triunfantes los que han sido perseguidos por la fe y por la religion; pero duró poco la calma. Los mismos que le habian condenado en el conciliábulo de Tiro, convocaron otro en Antioquia el año de 341, en que consagraron por patriarca de Alejandria á Gregorio de Capadocia. Entró en la ciudad de mano armada el pseudo-patriarca; y apoderándose de todas las iglesias, cometió tantas

violencias, tantas profanaciones y tantos sacrilegios, que Atanasio se vió precisado á huir, y á refugiarse á Roma. Recibióle con veneracion el papa Julio, y escribió á los obispos de Oriente, ordenándolos que concurriesen á Roma para terminar estas diferencias. Celebróse este concilio el año de 342, en el cual se justificó Atanasio plenamente; fué aprobada y aplaudida la pureza de su fe, no menos que el valor de su constancia; y el Papa se prendó tanto de su rara sabiduría y virtud, que le detuvo en Roma otros tres años. Opusieronse con el mayor esfuerzo á que fuese restituido á su iglesia los arrianos, protegidos del emperador Constancio. Fué preciso convocar otro concilio en Sárdica el año de 347, en el cual fué reconocida con admiracion y con elogio la inocencia de nuestro Santo: el intruso Gregorio fué escomulgado y depuesto, y Atanasio restituido á su silla. Los obispos arrianos, que se habian retirado del concilio, se juntaron tumultuariamente en Filipoli, y tuvieron la insolencia de escomulgar á los padres del concilio sardicense, y al mismo papa Julio, porque habia comunicado con Atanasio. En fin, fué necesaria toda la autoridad del emperador Constante para que nuestro Santo se viese restablecido en su iglesia.

Irritó furiosamente á los arrianos la pompa y los regocijos públicos con que le recibieron en Alejandria; y su virtud, su zelo, y la valerosa intrepidez con que proseguia en defender la divinidad de Jesucristo, suscitaron contra él otra nueva persecucion. Habiendo pasado Atanasio á la corte de Antioquia á besar la mano al emperador, persuadieron los arrianos á este príncipe, que con esta ocasion pidiese al patriarca una iglesia en Alejandria para los que hacian profesion de su secta. Señor, le respondió Atanasio, *vengo en ello con tal que V. M. me conceda otra en Antioquia para los que profesan la religion católica.* Halláronse muy embarazados los arrianos con una respuesta que no habian prevenido, y se retiraron de su pretension, teniendo por menor inconveniente carecer ellos de una iglesia en Alejandria, que conceder otra á los católicos dentro de la corte.

Volvió á florecer en Alejandria la disciplina y la virtud con la vuelta de nuestro Santo; pero fué de corta duracion la tranquilidad. Habiendo muerto por este tiempo el emperador Constante, y no cesando Atanasio de escribir y de predicar contra la impiedad arriana, se vió combatido de nuevas enrespadas olas. Celebráronse contra él los conciliábulos de Arlés, Aquileya, y Milan; y porque S. Eusebio, obispo de Verceli, S. Dionisio de Milan, S. Lucifero de Caller, el célebre Osio, obispo de Córdoba, y el papa Liberio, no quisieron firmar la condenacion de

Atanasio, todos fueron desterrados, y el Santo lo fué tambien de su iglesia de Alejandria. Pero no pudiendo resolverse á abandonar del todo á su querido rebaño, estuvo escondido por algun tiempo, hasta que ensangrentada y enfurecida mas la persecucion, se vió precisado á retirarse al desierto; en cuyo tiempo los arrianos colocaron en la silla patriarcal de Alejandria á Jorge, hijo de un tintorero de Capadocia; siendo tan horribles como inesplicables los sacrilegios y las maldades que cometieron los herejes en esta ocasion.

Mientras Atanasio estaba en el desierto, tuvo el consuelo de heredar el pobre, pero preciosísimo manto que S. Antonio le habia dejado como en testamento á la hora de la muerte, sucedida en aquel mismo año; del que hacia tanta estimacion, que lo restante de su vida usaba de él los dias de las mayores festividades, como de una inestimable gala. Ni pasó ociosamente el tiempo que logró en la soledad, porque á ella debemos mucha parte de sus escritos; como la Apología que dirigió al emperador, y el tratado de los Sinodos, que compuso con ocasion de lo que sucedió en los concilios de Seleucia, y de Rímni.

Muerto en este tiempo el emperador Constancio, y habiéndole sucedido en el imperio Juliano apóstata, levantó el destierro á todos los obispos desterrados; y á favor de este decreto volvió Atanasio á su iglesia. Poco antes habia sido muerto en un motin popular Jorge el usurpador; y por esta casualidad logró el santo patriarca de algun reposo, que empleó útilmente en reformar las costumbres, y en restablecer la disciplina eclesiástica.

Pero el que era tan aborrecido de los herejes, por precision no lo habia de ser menos de los gentiles. Sabiendo el apóstata Juliano la grande reputacion en que estaba nuestro Santo, envió orden para que le quitasen la vida. Dieron aviso al patriarca, y porque no fuese maltratado su pueblo, que estaba resuelto á esponder las suyas por defender la de su santo pastor, se metió prontamente en un barco, y subiendo por el Nilo, hizo vela hácia la Tebaida. El que se habia encargado de matarle, noticioso de su fuga, se embarcó tras él, y se dió tanta priesa, que infaliblemente le hubiera alcanzado luego, si el Santo no hubiera eludido el golpe por un rasgo de sagacidad verdaderamente superior. Mandó, pues, que su barco volviese prontamente la proa hácia Alejandria, y encontrándose presto con el otro en que navegaba el oficial, éste preguntó á los pasajeros si iba lejos la embarcacion de Atanasio; y como ellos le respondiesen que no estaba muy distante, el oficial, sin detenerse á mas, mandó ha-

cer fuerza de remo para alcanzarla , y pasó adelante. Con esto volvió el Santo á la ciudad , donde estuvo oculto hasta la muerte de Juliano , que sucedió seis meses después. Ascendió al imperio Joviano , príncipe muy católico , que dedicando toda su aplicación á que triunfase el concilio de Nicea , llamó á Atanasio á Antioquía , y quiso saber de su misma boca todo lo que habia padecido por la religion.

No se acomodaba el Santo con hacer larga mansion en la corte; y llamado de su obligacion y solicitud pastoral , volvió cuanto antes á cuidar de su diócesi , y á emprender la visita ; mas parecia que el Señor habia determinado santificarle por medio de las tribulaciones. La temprana muerte del piadoso emperador Joviano volvió á encender el furor y la malignidad de los herejes. Sucedióle Valente , que favorecía á los arrianos ; y la primera gracia que los concedió , fué que echasen á Atanasio de su silla. Fué general la consternacion en Alejandria ; y haciendo el Santo juicio que era prudencia ceder á la tempestad , se escondió en la misma sepultura de su padre , donde estuvo por espacio de cuatro meses ; siendo esta la cuarta vez que el Santo se habia ocultado por evitar las funestas desgracias que ordinariamente traen consigo los motines populares , que se suscitarian si diese lugar á que le prendiesen.

Pero tambien parecia que el Señor disponia estas temporadas de retiro , para darle tiempo á que hiciese en ellas mas importantes , y mas permanentes servicios á la Iglesia. Porque no contentándose su zelo con combatir contra los arrianos , no era menos ardiente en reprimir á los demás herejes. Defendió la divinidad del Espíritu Santo contra los macedonianos , como habia defendido contra los arrianos la divinidad del Verbo ; y los últimos años de su vida escribió en defensa del misterio de la Encarnacion contra los apolinaristas.

Mientras tanto , no pudiendo el pueblo de Alejandria llevar en paciencia la ausencia de su santo pastor , comenzó á levantar el grito , tan sin reparo , que llegaron sus sentidas quejas á los oídos de Valente ; quien , temiendo alguna sedicion , dió orden para que se dejase á Atanasio vivir en paz en su iglesia. Mantúvose en ella hasta la muerte , empleando lo que le restó de vida en conservar la fe en toda su pureza , y la disciplina de las costumbres en todo su vigor. En fin , á los cuarenta y seis años de obispo , consumido al fuego de la mas turbulenta , mas tenaz y mas viva persecucion , murió lleno de merecimientos el segundo dia de mayo del año 373.

Las honras que se le hicieron después de muerto fueron corres-

pondientes á la estimacion y á la veneracion que le profesaban cuando vivo , y en sus funerales se dejó ver toda la pompa y toda la majestad de un verdadero triunfo. En el octavo siglo fueron trasladadas sus preciosas reliquias á Constantinopla ; en cuya ocasion S. German , que era á la sazón patriarca de aquella corte , compuso un oficio nuevo en honra de nuestro Santo. Se asegura como cosa cierta que con el tiempo fueron secretamente robadas y conducidas á Venecia , donde son guardadas con la mayor vigilancia.

Merecieron siempre tan alta estimacion los escritos de S. Atanasio , que solia decir el abad Como , que si se hallase algun opusculo suyo , y faltase papel para copiarle , se debia trasladar y bordar sobre el propio vestido. Finalmente S. Gregorio Nacianzeno da principio á una oracion fúnebre en elogio de nuestro Santo , diciendo que alabar á Atanasio y alabar á la virtud era una misma cosa.

SAN FELIX, DIÁCONO.

DE este Santo hace conmemoracion el Martirologio romano en este dia , con la espresion de que padeció martirio en la ciudad de Sevilla , en cuya diócesi se celebra su festividad con rito de segunda clase. No nos consta de la patria , padres , ni laudables hechos del Santo , porque la injuria del tiempo robó á la posteridad las actas de éste y otros muchos héroes que florecieron en la nacion en aquellas lastimosas edades en que la ferocidad de los bárbaros redujo á cenizas los preciosos escritos de una venerable antigüedad : solo si sabemos por el Breviario Muzárabe segun el órden del Padre S. Isidoro , que el ilustre diácono Felix sostuvo con indecible fortaleza los mas fuertes combates contra los enemigos de nuestra santa fe , que quisieron obligarlo , con esquisitos tormentos , á que sacrificase á los ídolos ; pero resistiéndose á aquella sacrilega maldad con el valor propio de los héroes cristianos , mereció la corona del martirio en tal dia como hoy , á principios del siglo IV segun se cree , cuando movieron contra la Iglesia su cruel persecucion los emperadores Diocleciano y Maximiano.

LOS SANTOS SIMPLICIO Y AMBROSIO, MÁRTIRES.

EN el monasterio de S. Juan , llamado vulgarmente de las Abadesas , que á fines del siglo IX fundaron los condes de Barcelona Wifredo el Velloso y Winidilda , sobre el rio Ter en el valle de

Ripoll y obispado Ausonense ó de Vich, se hace fiesta hoy á los santos mártires Simplicio y Ambrosio, cuyos cuerpos se veneran en aquella iglesia cada uno en su arca. No se sabe si fueron allí colocadas estas reliquias cuando se dedicó la iglesia, que fué en el año 887, ni si estos Santos son españoles, ni si padecieron en España, ni por qué tiempo; siendo equivocada la noticia de cierto historiador que sobre poco mas ó menos fija su martirio en el año en que se fundó el monasterio.

LA BEATA MAFALDA, ESPOSA DEL REY DON ENRIQUE I DE CASTILLA.

EN las actas de los Santos se hace hoy memoria de la infanta D.^a Mafalda de Portugal. Era esta infanta hija de los reyes de Portugal D. Sancho I y D.^a Dulce, hermana menor de santa Teresa, primera mujer del rey D. Alonso IX de Leon, de quien hablaremos en la vida de S. Fernando, el dia 30 de mayo. Muerto el rey de Castilla D. Alfonso VIII, coronaron en Burgos á su hijo D. Enrique, que á la sazón tenia solos once años, y fué nombrada tutora suya su hermana D.^a Berenguela. De estas manos pasó á las del conde D. Alonso Nuñez de Lara, el cual por sus fines particulares trató de casar al rey con la infanta D.^a Mafalda, señora de gran virtud. Pasó él mismo á Portugal á pedirle á sus padres, y la acompañó á Castilla. Estaba ya efectuada esta boda á 29 de agosto del año 1215. Tenia el rey entonces como unos doce años, y murió desgraciadamente antes de tener edad para habitar con su esposa. D.^a Berenguela y los señores del reino no llevaron á bien este casamiento, teníanlo por estorbo de la paz; tampoco la edad de la reina correspondia á la del rey, escediale en diez años cuando menos. D.^a Berenguela en vano previno al conde que no fomentase esta boda. Viendo que no aprovechó su aviso, hizo saber á Inocencio III que este casamiento era ilícito por el parentesco de tercero con cuarto grado por la casa de Barcelona, y de cuarto con quinto por la de Castilla, grados prohibidos hasta el concilio IV de Letran, celebrado en el siglo XIII. Tiénese por cosa averiguada que el mismo Inocencio anuló este casamiento, de donde se colige que la separacion fué antes de la mitad de julio de 1216 en que falleció aquel pontífice. Dióse esta comision á D. Tello, obispo de Palencia, y á don Mauricio de Burgos, y la virgen Mafalda se volvió á Portugal, y se consagró á Dios en el monasterio de religiosas benedictinas de Aronca, que era de su patronato, trocándolo en convento de

Bernardas, en el cual vivió con gran santidad hasta el fin, honrándola el Señor con milagros. Su muerte fué el dia 1.^o de mayo: en el año no están de acuerdo todos los escritores de su vida. Unos dicen que murió en el año 1252. otros que cuatro años después, otros que cinco. En una congregacion de sagrados Ritos, se aprobó el culto inmemorial de esta virgen sierva de Dios.

La misa es en honra de S. Atanasio, y la oracion la siguiente:

Rogámoste, Señor, que oigas benigno las súplicas que te hacemos en la solemne fiesta de tu bienaventurado confesor y pontífice Atanasio, y que nos libres de todos nuestros pecados, por los méritos de aquel que te sirvió con tanta fidelidad. Por nuestro Señor Jesucristo, y etc.

La Epistola es del capítulo 4 de la segunda del apóstol S. Pablo á los Corintios.

Hermanos: No nos predicamos á nosotros mismos, sino á Jesucristo nuestro Señor; á nosotros, pues, como siervos vuestros por Jesus: porque Dios, el cual dijo que resplandeciese la luz de entre las tinieblas, él mismo resplandeció en nuestros corazones, para que se hiciese clara la ciencia de la gloria de Dios en el semblante de Jesucristo. Pero este tesoro le tenemos en vasos de barro, para que la superioridad sea de la virtud de Dios, y no de nosotros. Por todas partes padecemos tribulacion, pero no decaemos de ánimo: somos angustiados, pero no nos desesperamos: padecemos persecucion, pero no somos abandonados: somos abatidos, mas no perecemos, llevando siempre por todas partes en nuestro cuerpo la mortificacion de Jesucristo, para que tambien la vida de Jesus se manifieste en nuestros cuerpos. Porque continuamente nosotros, que vivimos, somos entregados á la muerte por amor de Jesus, para que tambien la vida de Jesus se manifieste en nuestra carne mortal. Triunfa, pues, la muerte en nosotros, y en vosotros la vida. Pero teniendo el mismo espiritu de fe, segun está escrito: Creí, por lo cual hablé: y nosotros creemos, por lo cual tambien hablamos: sabiendo que aquel que resucitó á Jesus, nos resucitará tambien á nosotros con Jesus, y nos colocará entre vosotros.

REFLEXIONES.

No nos predicamos á nosotros mismos, sino á Jesucristo nuestro Señor. *Non nosmetipsos predicamus, sed Jesum Christum Dominum nostrum.* Solo pueden decir esto con verdad los ministros fieles del Evangelio. ¡Pero ah, y cuantos infieles ministros hay! Muchos predicán á Jesucristo solo por predicarse á sí mismos; el principal fin de sus sermones es su propia estimación, concepto y fama. De aquí proviene aquel eterno hablar, y alabarse de sus trabajos, de sus aplausos, de su séquito y de sus maravillas; de aquí aquel fastidio universal, aquel desdén y menosprecio con que tratan todo lo que produce otro terreno: en sus ojos no hay frutos preciosos, sino los que son de su cosecha; pero el espíritu de Dios tiene otras máximas, habla otro lenguaje: los hombres verdaderamente apostólicos se estiman poco, y se alaban menos.

In omnibus tribulationem patimur, sed non angustiamur: es cierto que en todas partes nos salen al encuentro las tribulaciones, mas no por eso desmayamos, ni aun nos afligimos. ¡Oh, y qué diferencia tan grande hay entre las mortificaciones que se padecen en el servicio de Dios, y las espinas que se hallan en el servicio del mundo! Aquéllas punzan poco, son fecundas, producen un fruto de incomparable delicia; éstas siempre estériles, siempre penetrantes, y tan ponzoñosas que su herida no tiene cura.

Ello es preciso confesarlo, que las adversidades son fruta de todas las estaciones, nacen en todos los terrenos, no hay clima que no sea el propio suyo; pero las adversidades que envía Dios á los buenos son de especie muy distinta de aquellas que padecen los mundanos. Siempre acompañan á los trabajos que afligen á estas tristes víctimas de la ambición las amarguras interiores, los remordimientos mortales, los despechos que los despedazan, y una desesperación que los devora. Pero, ¿y qué recurso, que consuelo tienen en sus miserias? Nosotros, grita el Apóstol, *dejicimur, sed non perimus*, también tenemos mucho que padecer; pero no nos desesperamos: tampoco nos faltan aflicciones; pero también nos sobran consuelos. El mayor de todos es la consideración de la mano que siembra estas cruces, y que reparte estas amarguras. Sabemos bien que el mismo sol que eleva los vapores, tiene virtud para disiparlos; nos consuela mucho considerar que tiene contados todos los cabellos de nuestra cabeza, y que no ha de permitir que perezca ni uno solo; nos sirve del

mayor alivio estar muy persuadidos á que tendremos por remunerador al mismo que tuvimos por modelo, y que ha de ser nuestro juez: es gran gloria para nosotros caminar por las mismas huellas que nos dejó estampadas el Salvador, y acabar de cumplir lo que faltó á los tormentos de Jesucristo, haciendo gala de su librea. Por eso no es de admirar que el mismo Apóstol esclame en otra parte: *Estoy lleno de consuelos; rebósame el gozo y la alegría en medio de mis tribulaciones y de mis trabajos.* ¿Qué hombre del mundo pudo decir jamás otro tanto? Hay en el mundo trabajos, hay tribulaciones, hay persecuciones; ¿pero hay los mismos consuelos? ¿hay las mismas dulzuras? ¿cuál es el premio, cuál la recompensa de lo que se padece en el mundo?

Persecutionem patimur, sed non derelinquimur: somos perseguidos, mas no somos abandonados. Aquel mismo divino Salvador que S. Estéban vió en pié á la diestra de Dios Padre, está todavía presente á los combates que sostienen con valor los que le sirven. Es cierto que siempre habrá enemigos que persigan á la religion; pero también lo es que siempre hallará ella dentro de sí misma armas para defenderse, y todos los auxilios que ha menester para que no la atropellen. Lo mismo se puede decir de la virtud cristiana.

El Evangelio es del cap. 10 de S. Mateo.

En aquel tiempo dijo Jesús á sus discípulos: Cuando os persigan en esta ciudad, huid á otra. En verdad os digo, no acabareis (de instruir) las ciudades de Israel antes de que venga el Hijo del hombre. No hay discípulo sobre el maestro, ni siervo sobre su señor. Bástale al discípulo que sea como su maestro, y al siervo como su señor. Si llamaron Belcebú al señor de casa, ¿cuanto más á sus familiares? No tengais,

pues, miedo de ellos. Porque nada hay escondido que no se haya de descubrir; y nada oculto que no se haya de saber. Decid en día claro lo que yo os digo en tinieblas; y lo que habeis oído á la oreja, predicadlo sobre los tejados. Y no temais á aquellos que matan el cuerpo, y no pueden matar el alma; sino temed mas bien aquel que puede perder el alma y el cuerpo echándolos al infierno.

MEDITACION.

Del temor de Dios.

PUNTO PRIMERO.—Considera que el temor de Dios es el prin-